

Adiós al abuelo

Moisés Hernández



Capítulo 1

Adiós al abuelo

Eran cerca de las seis de la mañana, cuando mi madre entró a la recámara que comparto con mi hermano Miguel. La tenue luz del amanecer se filtraba por la ventana. La verdad, fue extraño que entrara tan temprano. Normalmente nos deja dormir un poco más antes de levantarnos para el colegio. Me miró con el semblante pálido y preocupado.

—Laurita, Miguelito, necesito que se levanten en este momento, tu padre y yo necesitamos salir, surgió una emergencia.

—¿No vamos a ir al colegio? —Pregunté medio dormida, refregándome los ojos.

—Llamaré a sus maestros más tarde. Pasará tu tía Esther por ustedes en unos momentos —decía mientras despertaba a Miguelito—.

—¿Qué es lo que sucede madre?

—No puedo decirte en este momento —respondió evitando mirarme a la cara —, necesito que se apuren a vestirse, obedece por favor y no hagas más preguntas.

La verdad, ya empezaba a preocuparme tanto misterio. Sin embargo, obedecí. Me apuré a ponerme unos jeans y una blusa, Miguelito se había vuelto a dormir. La voz de mi padre, llamando a mi madre, la sacó de sus cavilaciones.

—Laurita, necesito que me ayudes con tu hermano —dijo, mientras se apresuró a salir.

—Está bien madre.

La verdad, ya no me gusta que me diga Laurita. Pronto cumpliré once años, soy lo suficientemente grande como para que usen mi nombre en diminutivo. Bueno, pues como la hermana mayor, a cumplir con la tarea encomendada. Empiezo jalándole las narices a mi hermanito. Este se incomoda y se voltea hacia la pared.

—¡Déjame! —dijo sin abrir los ojos.

—¡Así que el niño no quiere levantarse!, entonces... ¡habrá tortura!

Le comencé a hacer cosquillas en los pies. El muy cobarde no aguantó ni cinco segundos y se levantó. A sus seis años es bastante alto, dice mi madre que va dejando la ropa muy pronto. Es una forma de decir que las tallas le van quedando chicas por su desarrollo.

Es moreno, cabello lacio, tiene una nariz chata como pelotita. Por eso me gusta jalársela, pienso que con los jalones se le hará larga con el tiempo. Yo soy de tez apiñonada, mi cabello es largo hasta la espalda y un tanto rizado, cejas delgadas, cuentan que soy bonita, aunque no me lo creo tanto. Dice mi padre que "abuelié", tengo rasgos parecidos a los de mi abuela... mi difunta abuela.

A ella no la conocí, era muy pequeña cuando falleció. A mi abuelo sí que lo conozco, vive en una casa hogar, se llama Esteban. Cuando vamos a visitarlo, salimos y me compra caramelos y otras golosinas, aunque mi madre le reclama siempre por eso.

Me cuenta historias de él y de la abuela. Cuando se conocieron en el trabajo, se enamoraron, ella le enseñó a bailar. Le encantaba "la cumbia de los pobres", ella le decía que, al principio, él era como un tronco: se ponía todo rígido y no movía ni un miembro. Con el tiempo se volvió un buen bailarín e hicieron una gran pareja. Se iban a "las tocadas". Estos eran unos bailes que organizaban los "Dj's" de su tiempo, en la calle, con unas bocinas enormes. Todo era felicidad hasta que la lluvia, una patrulla o algún borracho impertinente terminaba con la fiesta. Tiene un cuadro de la abuela en su recámara. Cuando lo ve, los ojos se le ponen brillosos y se los limpia con un kleenex, dice que es por la contaminación que se los irrita.

Mi madre casi ya no lo visita, está muy ocupada por su trabajo, es su padre. Mi papá, no se diga, vive en su trabajo. Sin embargo, yo le pido a mi tía Esther, la hermana de mi padre, que me lleve a verlo. Es difícil creer que parecía trompo, en su juventud, bailando. Ahora, apenas puede caminar. Dice mi abuelo que todo por servir se acaba. Quiere mucho a Miguelito, trata de patear la pelota desde su silla de ruedas y juega fútbol con él. Aunque, siendo sincera, la consentida soy yo. Conmigo comparte sus recuerdos, dice que me parezco mucho a la mujer de su vida.

—Niños, ya llegó su tía —se oye la voz de mi madre que me baja de la luna— bajen por favor.

—¡Ya vamos mamá!

Me doy cuenta de que le puse el suéter al revés a Miguelito ¿En qué ando pensando?! Ni modo, ya se la pondré bien después.

La tía Esther vive a una hora de nuestra casa. Tiene un auto muy bonito, no conozco de marcas ni modelos. Veo unas letras en la parrilla: "KIA", es

uno de esos. Rojo brillante, me gusta el color. Subimos, resulta que más tardamos en sentarnos que mi hermano en dormirse otra vez. Definitivamente, a este niño lo picó una mosca tse-tse y le transmitió la enfermedad del sueño. Llegamos al departamento de ella. Todo el recorrido no dijo ni una palabra, algo muy extraño. Nos preparó un licuado de mamey con granola y miel. Salió a la terraza a hablar por teléfono, nos quedamos viendo la televisión. Aproveché para acomodarle el suéter a Miguelito.

Esther regresa muy seria, taciturna. Algo quiere decirnos, pero no le salen las palabras. El tiempo va pasando muy rápido. Al fin se recompone y comienza a hablar.

—Quieres mucho a tu abuelo, ¿verdad?

—Sí tía, con todo mi corazón.

—Laurita... ya sabes, tu abuelito Esteban ha estado delicado estos días...es un hombre ya mayor — Lo dice con una mirada triste y frases entre cortadas.

—Lo sé tía, por eso he orado todas las noches a diosito para que se mejore pronto y vuelva a caminar. Le dije que lo vamos a llevar al parque, allá donde enseñan a bailar. Quiero bailar con él esa cumbia que tanto le gustaba a la abuela.

Esther no dice nada, solo baja la vista. De vez en vez levanta la cortina de la ventana y mira hacia el estacionamiento. Recibe otra llamada, contesta con un "sí, aquí estamos" y cuelga.

—Niños, llegaron sus papás —nos dice mientras oprime el botón del portero automático, para dejarlos entrar al edificio.

Esperamos apenas unos momentos y entra mi padre abrazando a mi madre. Ella viene agachada y con los ojos hinchados. Mi tía se apresura a abrazarla, mientras mi padre se adelanta para hablar con nosotros.

—Lo siento, no pude decírselos —menciona mi tía con tristeza.

—No te preocupes hermana —debo contárselos yo.

La verdad, yo ya estaba muy preocupada e inquieta. Conozco bien a mi papá; cuando tiene ese semblante, y asume esa actitud de caballero de la edad media. Algo muy malo nos dirá, como cuando se quedó sin trabajo, hace tiempo.

—Laura, niños...fuimos a la casa hogar donde está tu abuelo Esteban. Nos hablaron en la madrugada...se complicó su enfermedad. Lo tuvimos que

llevar al hospital.

Comencé a sentir que todo me daba de vueltas, tenía ganas de sentarme, pero seguí de pie escuchando.

—Los doctores hicieron todo lo posible...era un hombre muy valiente. Dijo que los amaba con todo su corazón, fue muy feliz jugando y riendo con ustedes. Hicieron sus últimos años los mejores de su vida. Lo siento...nada se pudo hacer.

Miguel comenzó a llorar como un bebé. Yo seguía callada, algo estaba a punto de romperse dentro de mi pecho, pero seguía escuchando las palabras de mi padre, incrédula.

—Su abuelito nos ha dejado, murió muy tranquilo y en paz. Lamento no haber sido lo suficientemente paciente con él, ni haber pasado más tiempo juntos.

Yo me sentía en otro mundo, lejana de la realidad, un dolor muy profundo se agolpaba en mi corazón. Finalmente brotó con todas sus fuerzas y no pude aguantar las ganas de llorar. Lloré como no lo había hecho en toda mi corta vida. Escuchaba el llanto de mi madre confundido con el de Miguel y el mío. Pero en ese momento no había dolor más grande que el propio.

El funeral y todo eso pasó como un sueño, no recuerdo mucho. Solo en mi pecho estaba todo ese dolor, que sentía, por no poder volver a ver nunca más a mi abuelito.

Hay personas que nos marcan para siempre, que hacen mejores nuestras vidas y que no las olvidaremos jamás; pero que dejan un pedacito de su ser en nuestros corazones. Ellos siguen viviendo por medio de nosotros, mientras los recordemos, ellos seguirán vivos.

Abuelo, tus consejos y enseñanzas se quedarán en mí y, créeme, allá en el cielo, dónde estás, siempre estarás orgulloso de tu nieta. Te doy las gracias por haberme hecho muy feliz todo este tiempo. Ahora eres un angelito en las manos de diosito. Te amo con todo mi corazón. Hay muchas cosas más que me hubiera gustado hacer juntos. Ya no será posible; pero todo lo que sí pudimos hacer fue maravilloso. Para todos, ahora soy Laura; pero para ti, siempre seré tu pequeña Laurita.